

Luigi Negriolli - 1865: ¿Qué le pasó?

¿Qué fue de Luigi Negriolli, mi bisabuelo? ¿Dónde transcurrieron sus últimos días? ¿Cómo valoró su paso por este mundo en su hora final? ¿Añoró su tierra natal en la distancia de los años? ¿O volvió, tal vez, a su Terlago, en Trento y moriría ahí, o sus restos están olvidados en algún cementerio de un pequeño pueblo argentino? Me pregunto qué expectativas adolescentes tendría al momento en que el “África” zarpaba de Génova, un día de comienzos de invierno de 1882, o qué palabras se le vinieron a la mente al descender en el verano húmedo de ese Buenos Aires desconocido y bullente. Toda mi vida me han acompañado preguntas como estas. Y con el tiempo, se suman más: ¿Se sentaría por las tardes a discutir las ideas de “La protesta humana”, con sus amigos, en una mesa del “Hotel Comercio”, en Médanos? Y a la hora de verse solo, ¿se preguntaría por la suerte de sus hijos lejanos, a los que, al parecer, nunca volvió a ver? ¿Habría lamentado no haberlos visto crecer? ¿Habría deseado jugar con sus nietos? ¿Habría pensado en que esos nietos tendrían hijos que llevarían algo de su sangre? ¿Habría pensado en mí?

Busco a Luigi Negriolli, mi bisabuelo, el que, al llegar a Argentina el 21 de enero de 1883, fue registrado como Luis Negrioli Marchetti, con nombre en español, primer apellido modificado y el apellido materno, a la usanza de los países hispanoamericanos. Junto los datos sueltos que recogí en mi infancia, los relatos de mi abuela, en su cocina, mientras yo jugaba en el piso y ella preparaba alguna delicia para atendernos: que los padres de su padre se llamaban Andrés Negrioli y Margarita Marchetti, que en Argentina vivían muy bien, en una casa enorme, con chofer, empleadas para el servicio doméstico, institutriz para la educación de las niñas, y hasta maestro de piano, porque las señoritas de entonces, debían saber tocar el piano. Luis, mi bisabuelo, era italiano, aunque sus documentos dijeran austriaco, y María, mi bisabuela, catalana. Se casaron algo mayores, porque ella era viuda: había llegado desde Barcelona con sus dos hijas. De él, que tendría unos diez años más, no se sabía nada. O mi abuela, al menos no lo supo. Pero acordaron matrimonio y se casaron el 9 de diciembre de 1911, en Bahía Blanca, al sur de Buenos Aires. Doce años de vida en común, doce años que dieron por fruto dos nuevas hijas: Ana y María. Conservo una fotografía de las cuatro hermanas, de pie las dos mayores, con rostros serios, casi, se diría, con algo de dolor. No sé, quizás las señoritas de entonces no podían sonreír a la cámara... Delante de ellas, las dos menores tampoco sonríen, sentadas en un banco de plaza algo ornamental. Por las edades, están en Argentina. No reconozco el lugar. No logro reconocerlo. El fondo es oscuro y sólo se adivina una plaza de pueblo, o quizás el jardín de la casa, si fue cierto que vivieron en una pequeña mansión. Pero el fondo es oscuro y yo trato de iluminarlo, porque algo pasó un día, nadie lo supo o nadie lo quiso transmitir, pero todo falló y el abuelo Luis se fue a la quiebra, a la rabia, al alcohol y la convivencia se les hizo insoportable, y mi bisabuela, con la fuerza con la que dejó Barcelona un día al enviudar, tomó a sus cuatro hijas, a los esposos de las dos mayores, a la nieta mayor, recién nacida –otra venía en camino– y cruzó la Cordillera de los Andes, para establecerse en Santiago de Chile. De Luis, el Luigi lejano y misterioso que busco desvelar, nos quedó solo el sonido cantarín de su apellido apareciendo en las evocaciones y estampado en la libreta de familia: Negrioli... y miles de preguntas que hasta hace no muchos años, eran prácticamente imposibles de responder.

Quién lo diría: unos cincuenta años después, jugando en la entrada de la cocina de su casa, en un barrio obrero de Santiago de Chile, el niño que era yo le preguntaba por su padre a la anciana que se acercaba a ser “la Negrioli”, como le decían a veces sus hijas, a mi abuela: “Él quedó en Argentina cuando mis papás se separaron y nos vinimos a Chile. Nunca más volví a saber de él”, me respondió, y algo entre la pena y la resignación se le dibujaba en la cara, evocando seguramente, las imágenes que su memoria conservaba de ese padre misterioso y ausente. “¿Y no le enseñó nada de italiano?” le pregunté una vez. “Es que era muy chica”, me dijo. “Aunque sí recuerdo una frase: ‘Mancu li porche’... eso aprendí a decir” ¿Y eso, qué significa, pregunté? “Ni siquiera los chanchos”, respondió riendo, con el recuerdo quizás, de alguna

travesura. “Mancu li porche... mancu li porche” repetí, intentando retener en mi memoria, esa única huella posible de mi Luis Negrioli.

Las preguntas estaban ahí. Por mucho tiempo, la búsqueda no era sino el deseo de la búsqueda, porque, en verdad, desde Chile, no había cómo averiguar más. Cuando se desató internet, comencé con los primeros intentos, preguntándole a los buscadores por un Luigi Negrioli, que, según se decía, había llegado desde Trieste. Contacté a un par de personas por redes sociales, busqué su apellido en sitios de Trieste, pero no conseguí nada. Años después, se desarrollaron los sitios de Genealogía, pero mi suerte no cambió. Se entendía, si Luis Negrioli se desconectó de su descendencia, ¿quién se preocuparía por registrar su historia? Con todo, llegué incluso a viajar a Trieste, solo para sentir la ciudad donde, se decía, había vivido mi Luis Negrioli. Seguía entonces, sin tener ni la más breve pista sobre su paso por esta tierra

Como suele ocurrir con la vida, los hechos se han precipitado sorprendentemente. Cuando ya no tenía mayores esperanzas, di con una publicación del “Archiviomemoria Ecomuseo Valle dei Laghi” donde, sorpresa, aparecían relacionados los apellidos “Negriolli” y “Marchetti” en un documento que cambió el curso de mi búsqueda: un esquema genealógico de los Negriolli de Terlago, Trento. Y, claro, seguramente no estaba disponible desde hace mucho tiempo, y contenía la clave del asunto: aparecía mencionado el matrimonio de Andrea Negriolli –con doble “l”- y Margheritta Marchetti, mis tatarabuelos. A continuación, se detallaban las fechas de nacimiento de cinco hijos entre los que aparecía, por su puesto, mi Luigi Negriolli. Pero había aún una sorpresa más: se mencionaba un primer matrimonio de mi bisabuelo, del que, indican los datos que aporta el documento, enviudó a los tres años. Eso explicaba que, al momento de casarse en Argentina, tuviera más de cuarenta años... De paso, me aportó otro dato al esquema de su biografía: se casó en Terlago en 1891, entonces en algún momento volvió a su tierra y de eso no tengo registro alguno. Y se entiende: de seguro al enviudar, pocos años después, volvió a Argentina, donde se casaría con mi bisabuela catalana. Pero la sorpresa fue aún mayor, porque ese cuadro genealógico me reveló que, producto de ese primer matrimonio, ¡mi bisabuelo había tenido un hijo: Giuseppe Negriolli! Un hijo del que nadie acá tenía certeza y que fue el hermano mayor de mi abuela Ana Negrioli Cairet. Pues bien, ese hijo, nacido en Terlago en 1893, se casó en Grugliasco en 1918, y de su vida posterior sólo sé que en los años 20 seguía con vida, por lo que se descarta que hubiera muerto en la Primera Guerra mundial. Entonces, si Giuseppe Negriolli llegó a casarse, déjeme creer que también tuvo descendencia y esa descendencia es familiar de esta mi rama de los mismos Negriolli, que vinieron a dar al sur del mundo, arrastrados por el viento de la pobreza. Visto así, descubro que mi madre no llegó a saber que, con toda probabilidad, tenía primos hermanos del otro lado del océano Atlántico. Y yo, que me desvivo en preguntas, no puedo dejar de pensar que allá lejos, ha habido gente con la que compartimos algo en nuestra sangre, gente que, a su vez, quizás alguna vez se preguntó por la suerte de ese Luigi Francesco, que partió tan lejos un día y del que quizás, nunca volvieron a saber, y bueno, yo siento que soy en parte, la respuesta a esa pregunta.